

camente cosas, y podemos *contarlas*, narrarlas, a otras personas. Quien cuenta o relata se presenta y *re-presenta* en el pasado, en un pasado en que están también los demás como están en el futuro. Todo lo que uno hace o dice, lo dice y hace para otros y también para mí. Y viceversa: lo que yo digo y hago, va dicho y hecho para los demás: Así, a la vez respondo y *con-testo*. Y así el hombre se *re-vela* a los otros, se manifiesta y oculta, se entreabre. La revelación de los demás no excita y abre el apetito de ser hombres. La Revelación de Dios nos lleva a buscarlo.

Nos entreabrimos a los demás, porque queremos expresarnos (exprimirnos) pero ocultando siempre mucho de lo que somos. Ante las cosas no nos expresamos, porque la expresión es designio de solidaridad y comunión. No es que ante las cosas nos mostremos más sinceros, sino más *des-pre-ocupados*. No nos *pre-ocupan* como nos *pre-ocupan* los hombres. La intencionalidad expresiva va siempre dirigida a otra presencia, humana o la divina. Expresándonos ante los demás, buscamos también recíprocamente su expresión y su mensaje. Ante las cosas no nos expresamos porque ellas no son aptas para expresarse, carecen de intencionalidad expresiva. La expresión no es un «fenómeno cósmico». Por eso no hay preguntas a las cosas, sino que es investigación, búsqueda o rastreo de sendas y relaciones. Cuando preguntamos: «¿Qué es esto?» la pregunta va dirigida a nosotros mismos, sabemos que ella no puede mostrar o manifestar más de lo que ofrece. Es que ante las cosas nos sentimos extraños; ante las personas nos sentimos *ajenos*, *otros*, dentro de la misma comunidad. Creo que la sentencia de Terencio el Latino hay que convertirla en: «Todo hombre me es ajeno, y ninguno extraño». Ningún animal se extraña de otro animal aunque sea su enemigo biológico, pero todo animal que ve por primera vez a un hombre se espanta y *extraña*. Por sentirnos extraños a las cosas, de modo radical, cuando éstas nos cercan, nos oprimen y acosan, hemos de *desacercarlas*, poniéndolas lejos, bien en una perspectiva prudente y objetiva como hace el saber científico, o bien descosificándolas, como hacen el arte y la poesía desde Orfeo acá. También el arte necesita su perspectiva. Las cosas, para poder dominarlas mejor, han de ser desacercadas. Las personas han de ser *desalejadas*, para servirlos, para solidarizarnos con ellas, para hacerlos próximos o prójimas. Desacercando cosas nos acercamos más a los hombres; desalejando personas nos acercamos más a Dios. El Arte si es verdadero personifica cosas, para poder acercarse así a ellas, en solidaridad poética y artística. El arte nos acerca a los hombres y nos acerca a Dios.

Clásicos de nuestro siglo

LOS TRES REYES MAGOS

—Yo soy Gaspar, Aquí traigo el incienso

Vengo a decir: La vida es pura y bella,

Existe Dios. El amor es inmenso.

¡Todo lo sé por la divina estrella!

—Yo soy Melchor. Mi mirra aroma todo.

Existe Dios. El es la luz del día.

La blanca flor tiene sus pies en lodo

y en el placer hay la melancolía.

—Soy Baltasar. Traigo el oro. Aseguro

que existe Dios. El es el grande y fuerte.

Todo lo sé por el lucero puro

que brilla en la diadema de la Muerte.

—Gaspar, Melchor y Baltasar, callaos.

Triunfa el Amor y a su fiesta os convida.

Cristo resurge, hace la luz del caos

¡Y tiene la corona de la Vida!

RUBEN DARIQ